

llaneda, monje de la casa, pronunciase la oracion fúnebre, á cuyo efecto se colocó el púlpito portátil al lado del Evangelio, arrimado al pilastron que da frente á la real tribuna.

Ya el acompasado y lúgubre tañido de las campanas anunciaba las Visperas del solemne y religioso acto; ya sus tétricos pero armoniosos ecos, esparciéndose desde las altas torres por todas aquellas agrestes colinas y solitarios contornos, anunciaban con sus sonoros golpes y frecuente vibracion, no tan solo á la Comunidad y á la corte sino al pueblo todo, que la ceremonia fúnebre iba á comenzar.

Prohibióse la entrada en el templo á todo el que no perteneciese al cortejo, de modo que la inmensa muchedumbre que acudió á aquella funcion ocupaba las tribunas, las rejas y los balcones del rededor, y hasta las mismas cornisas, con grave esposicion de las vidas, formando grupos que parecian esculpidos en la fábrica, destacándose en forma de altos relieves de abigarrados colores.

Tan pronto como se anunció la llegada del Rey rompió la procesion. Componíase esta de 150 monjes, que en doble hilera constituian toda la Comunidad del Escorial, llevando cada cual su libro y su vela amarilla, á los que seguian los Grandes de España, los Gentiles-hombres, los altos funcionarios de la casa, los pages de Palacio, los Caballerizos, y por último Felipe IV, que vestia, como toda la comitiva, luto corto. El Preste y los ministros estrenaron costosísimos ornamentos; los cantores y los acompañantes vistieron por primera vez ricas capas. Marcharon todos con religioso silencio hasta llegar á la antigua bóveda, donde se cantó un solemne responso, y cojiendo cada caja tres monjes y tres caballeros las llevaron todas por orden cronológico á donde hemos dicho que estaban los túmulos.

Cantáronse allí las Visperas, alternando los dulces acentos de la música de la capilla real y magnífica orquesta con el grave canto de los monjes ⁽¹⁾.

Terminadas las Visperas y los Maitines permanecieron encendidas las luces, y cuatro monjes en vela en union de los Monteros de Espinosa, que se relevaban cada hora durante toda la noche.

Antes de los Maitines, cuando todo estaba en el mayor silencio, bajaron los monjes á la bóveda antigua, desde donde trasladaron al *Panteon de Infantes*, despues de bendecirle, los demás cuerpos reales de la casa de Austria.

Amaneció por fin el deseado 17 de marzo de 1654; hubo Misa de alba, y desde aquella hora hasta las 12 se dijeron tantas que los 40 altares y el del Panteon no estuvieron un solo momento ociosos. A las ocho y media de la mañana comenzaron á doblar de nuevo las campanas, hubo igual aparato y magestad que el dia de Visperas, y mayor número de espectadores. Se dijo la Misa, que duró una hora, y la larga oracion fúnebre fue escuchada con religioso silencio.

Volvió á formar el cortejo lo mismo que el dia anterior, y los siete cuerpos fueron trasladados con igual pompa y solemnidad al Panteon régio. Hallábase este perfectamente iluminado; y las muchas luces que llevaban los concurrentes, reproduciéndose en los bruñidos mármoles y reflejándose en el reciente pulimento y dorado de los bronce, producía un efecto mágico y lleno de encanto: parecia una rica joya de diamantes espuesta á los rayos del astro del dia.



FR. JUAN MARTINEZ.

Embebecido el pensamiento mio
Quise el recinto penetrar en donde,
Bajo eterno silencio y mármol frio,
La muerte á nuestros Príncipes esconde.

El P. Maestro Fr. Juan Martinez, confesor de S. M., celebró al dia siguiente una Misa solemne, que cantó y ofició la Comunidad, en aquella suntuosa capilla; y cuando se hubo terminado se colocaron los augustos despojos en sus respectivas urnas, dándose con esto por terminada de todo punto la Real y magnífica traslacion, que no es fácil vuelva á reproducirse bajo aquellas soberbias bóvedas, y con la que venia á formarse el complemento de la idea que Felipe II tuviera al edificar el Monasterio del Escorial.

(1) La música de la escuela española del siglo XVI, y aun posteriormente, fue muy apreciada en toda Europa, y objeto de meditados estudios por las personas mas versadas en la ciencia musical. El género sagrado, en música así como en arquitectura, difiere completamente del profano, y sobre todo del teatral, que hoy se ha entrado por las puertas de nuestros templos, profanándolos. En aquellos tiempos no se conocian los *Misereres* con compás de baile, ni los coros de ópera durante el *Ofertorio*, ni menos una escena bufa con mas ó menos ridículas pretensiones de sentimentalismo. Harto rica y armoniosa era la música religiosa de aquellos tiempos, de modo que ni el *Magnificat* se parecia á un *Stabat*, ni una Misa de *Requiem* semejava otra de *Gloria*.

¡Salud, célebres urnas! En el oro,
 En las pomposas letras que os adornan,
 Decidme: ¿qué anunciais? ¿Tal vez memorias?
 Memorias..... ¡Ay! en que la mente opresa
 Con el dolor presente,
 Pueda aliviarse al contemplar las glorias
 Que un tiempo ornaban la española gente.

Facil es apreciar el placer que experimentaria el Rey Felipe IV al ver terminada la obra del Panteon, coronados sus deseos, presenciando una por una todas las ceremonias que tuvieron lugar en aquella funcion: y así para manifestar la efusion de su alegría cuanto para hacer partícipes de ella á cuantos habian contribuido á su mayor lustre, aquella misma tarde comenzó á distribuir gracias.

Quedaba pues inaugurado con toda solemnidad el régio Panteon del Escorial, y uniendo nuestra voz á la del elocuente Lopez, mil ideas á cual mas tristes, á cual mas filosóficas, acuden en tropel á nuestra imaginacion. ¿Qué queda, nos preguntamos, de los Monarcas cuyos despojos contienen esas urnas? ¿Qué queda de los arquitectos que levantaron tan soberbios edificios? Nada. ¿Dónde están tantos brazos que trabajaron á porfía para realizar el pensamiento piadoso del hijo del César? Han desaparecido. ¿Qué se ha hecho de tantos religiosos que profesaron en aquel pacífico albergue en busca de la tranquilidad y los consuelos que no hallaban en el mundo? El tiempo ha dejado caer su mano destructora sobre tantas generaciones, y han desaparecido como la niebla que disipa el viento que baja de aquellos cerros. Solo subsiste una cosa: el efecto sublime y religioso de aquel templo, que hace tres siglos está oyendo continuas plegarias; y los acompasados sonidos del órgano, sirviendo de intérpretes al lenguaje de la religion y sus sacerdotes. Sí; aquella iglesia siempre cuenta con algunos fieles; y no hemos entrado una vez en ella que no hayamos visto algunas personas orando ó gimiendo. He ahí la vida: el pecado y la expiacion; el orgullo y la humildad; la blasfemia y la plegaria. Tales son los contrastes de este insecto que se llama hombre, y que á pesar de su insensato orgullo acude á postrarse ante el altar, y á aspirar el suave incienso que derrama la mano del cenobita.

El anciano Corneille acababa de ver representado su *Edipo* en el teatro de Borgoña; Molière se instalaba en el *Petit-Bourbon* bajo la proteccion del Duque de Anjou; dos hombres comenzaban tambien á brillar en dos géneros diferentes: eran La Fontaine y Bossuet; y ya se hablaba de otros dos jóvenes que adquirian justa celebridad entre los aficionados á las letras, Racine y Boileau: y mientras la Francia producía cuatro celebridades, Felipe IV tuvo que deplorar la pérdida de su pintor de Cámara Velazquez, que murió en Madrid atacado de una enfermedad contagiosa.

Asistióle hasta sus últimos momentos su discípulo Juan de Pareja, y asistió igualmente á la viuda del maestro, que murió de la misma enfermedad. Apegado por instinto y agradecimiento este mulato á la familia de su protector, se fue con el paisajista Martinez del Mazo, yerno de Velazquez. Diez años despues, por un cuadro satírico que aún puede verse en el Palacio de Aranjuez, un gran señor de la corte se incomodó é hizo apostar á un asesino encargado de dar muerte á Martinez del Mazo. Juan de Pareja, que le acompañaba siempre, se arrojó á salvarle, y recibió, muriendo en el acto, la puñalada que iba asestada al otro (1).

Felipe IV enriqueció el Escorial con muchas y notables pinturas, que aún se ven en la sacristía, sala capitular y otros puntos; mandó hacer varias obras de adorno, entre las cuales se cuentan las inscripciones de los pedestales de los reyes del pórtico, que compuso Fr. Francisco de los Santos; aumentó las rentas del monasterio con destino á la fábrica y á la biblioteca y sacristía; dió algunas cantidades en vacantes de obispados y oficios enagenables, y concedió una renta anual de 1.145.200 reales, consignados en el *Repartimiento de Indias*, en el reino del Perú.

En su tiempo se costó la reedificacion de los capiteles de las torres, destruidas por los rayos en 1642 y 1650; pusiéronse en los cláustros alto y bajo vidrieras, de que hasta entonces habian carecido; y finalmente, restauró la media naranja del cimborrio, que se recalaba, aumentó el número de reliquias, y regaló alhajas y adornos para el culto, de un valor extraordinario.

La pérdida de nuestro ejército en las llanuras de Montes-Claros puso el sello á las calamidades de la nacion.

(1) El Museo de Madrid posee del artista mulato muchos y buenos cuadros. La galería que hay en el Museo de París, llamada *Museo Español*, tiene dos cuadros de este gran autor; las *Santas Mujeres* en el Sepulcro del Señor, y *el Entierro*, que ya hemos dicho fue descubierto por Rubens en el taller de Velazquez en el Escorial.

De distinto temple que su abuelo el fundador del Escorial, la noticia de esta derrota causó á Felipe IV un desmayo, del cual no volvió sino para sumerjirse en una profunda melancolía que le condujo al sepulcro el 17 de setiembre de 1665, á los 60 años de edad y 45 de su reinado. ¡Quiera Dios, dijo al tiempo de morir á su hijo Carlos, que seas mas afortunado que yo! Pero Dios no lo quiso así, y el hijo fue mucho mas desdichado que el padre.

Habia este Rey hecho algunas observaciones relativas á los entierros de las personas reales, y al conducir su cadaver al Escorial fueron ya observadas, figurando por cierto despues como otros tantos artículos del ceremonial que hoy rije.

Así como en Francia, dice uno de nuestros escritores modernos, el Cardenal Mazarino continuó la obra comenzada por Richelieu, así en España el del Cárpio no hizo sino continuar por la pendiente de la decadencia en que puso á la nacion su tio el de Olivares. Para convencernos de las calamidades que estos dos hombres produjeron, nos bastará considerar que Felipe III, si bien dejó á su hijo una nacion hasta cierto punto empobrecida, dejóle una corona rodeada de la misma gloria y esplendor que tuvo á fines del reinado de Felipe II. España era entonces acatada de las naciones; su política dominaba en toda Europa. No así en el reinado de Felipe IV, en el que nuestros antiguos hombres de estado se convirtieron en cortesanos; nuestros generales, que antes se educaban en los campos de batalla, comenzaron á formarse en las antesalas de los ministros; y cuando la guerra empezaba á ser un estudio muy serio en otras naciones, en la nuestra se olvidaban y perdian hasta las tradiciones de la táctica y estrategia, cuyos rudimentos habian servido á los extranjeros para fundar la ciencia bélica (¹).

Sea por debilidad de carácter ó por efecto de una imprudente confianza, lo cierto es que este monarca abandonó á la privanza y al favoritismo el gobernalle del Estado. Siempre que semejantes calamidades han acaecido, los pueblos han sido víctimas de la tiranía y de la codicia. Escribir la historia de los validos, es delinear el cuadro de los atentados y de las concusiones.

A las inmortales producciones del siglo XVI y principios del XVII, sucedieron los equívocos, los juegos de palabras, el culteranismo y la afectacion, vicios literarios que estaban muy en armonía con la viciosa política de aquel tiempo. En vano el ingenioso Quevedo concibió grandes pensamientos; infestóle la corrupcion del siglo, convirtiéndole en uno de los propagadores del mal gusto. En vano Calderon perfeccionó el género dramático creado por Lope de Vega; en vano Moreto manejó un pincel cómico tan vigoroso como el de Plauto; la afectacion y el gongorismo afearon sus mas bellas producciones. Felipe IV, amante y cultivador de la poesía, contribuyó á la propagacion del mal gusto, favoreciéndole; de esta suerte se estinguió en España la antorcha del saber al mismo tiempo que el esplendor de la gloria nacional.

(¹) Lista.





ME LOUISE GABRIELLE DE SAVOIE.

Femme de Philippe V.

1688.
TURIN.

(N° 28.)

ME LUISA GABRIELA DE SABOYA.

Muger de Felipe V.

1714.
MADRID.

